

Instinto salvaje

Dios, en su soberana voluntad, siguió bendiciendo a David, dándole otra oportunidad. Al final del capítulo 12 Joab atacó a Rabá -de los amonitas- junto al ejército de Israel. Tras la conquista de esa gran fortaleza, David llegó a ponerse en la cabeza la corona que pertenecía al rey, como señal de conquista y algunos estudiosos creen que este rey y los amonitas estaban vinculados a la divinidad de Moloc.

En medio de todo esto, Dios siguió bendiciendo el reino. Si bien David fue restaurado al reino, el debió lidiar con las consecuencias del error y del pecado, y el eslabón que quebró, produjo la fragmentación de su familia. Veamos el capítulo 13, allí nos dice que David tenía un hijo llamado Amnón, que era hijo de Ajinoán una de las mujeres de David. Y él tenía una medio hermana llamada Tamar, hija de Macá -otra mujer de David- y era hermana de Absalón. ¡Cuánto enredo en el entramado familiar de David!

Así era en esa época de múltiples esposas por parte de los monarcas que verdaderamente les complicó la vida a todos ellos. Seamos claros, ese no era el plan original de Dios para la familia, pero la cultura de la época permeaba a los israelitas y esto era parte del problema de David. En ese contexto, lamentablemente, los inocentes siempre sufren consecuencias indeseadas. Según leemos en el capítulo 13, versículo 1 Tamar “era muy hermosa... y Amnón se enamoró de ella”. Se enamoró de su propia hermana, el versículo 2 dice que “como ella era virgen, Amnón, veía muy difícil llegar a poseerla.”

O sea, que el problema no era que fuera su media hermana, sino que era virgen. Pero da la impresión de que eso no le impidió buscar un ardid para quedarse con ella. Dice el texto: “Sin embargo, Amnón tenía un amigo muy astuto llamado Jonadab, el cual era sobrino de David, pues era hijo de Simea, hermano de David. Un día, Jonadab le preguntó a Amnón: -Oye, cada día te veo más delgado. ¡Y tú eres el hijo del rey! ¿No me vas a decir qué te pasa?” Fíjate en lo que ocurrió. Él se puso de acuerdo con Jonadab, y siguiendo sus consejos, fingió sentirse mal y estar enfermo, y de acuerdo con lo planeado con su amigo envió un recado al palacio, y lo leemos en el versículo 6.

“¡Por favor, que venga mi hermana Tamar! Que me prepare algo y me dé de comer. Si ella lo prepara, yo comeré.” En algunas traducciones dice que Tamar preparó dos hojuelas, tortas dicen otras y se las sirvió a su hermano. Cándidamente, sin imaginar nada, fue donde Amnón, y él hizo que todos salieran y que ella se quedara a solas con él. Allí, sucede este intercambio a partir del versículo 10: Dijo Amnón: “«Trae las hojuelas a mi alcoba, y sírveme de comer.» Tamar llevó a su hermano las hojuelas que le había preparado, y en cuanto ella las puso delante de Amnón, él la agarró y le dijo: «Ven, hermanita; ¡acuéstate conmigo!»”

Y entonces, cuando el verdadero motivo quedó expresado, ella intentó huir de esa situación, el versículo 12 dice que ella le respondió: “No, hermano mío, ¡no te aproveches de mí! ¡Eso no se hace en Israel! ¡No cometas tal vileza!” Pero fíjate qué

tristeza, lo que dice el versículo 13: “Pero Amnón no quiso escucharla, sino que, siendo más fuerte que ella, la obligó a acostarse con él y la violó”.

Es un uso perverso de la sexualidad, que no está basada en aquello que Dios diseñó y desea para el ser humano, y las consecuencias se siguen sumando, leamos el versículo 15: “Pero después de violarla, el odio que sintió por ella fue mayor que el amor que le había tenido, así que le ordenó: «¡Levántate, y lárgate!». Observa que eso no tiene nada que ver con el amor. Rápidamente aquella pasión se convirtió en un gran odio. Él la expulsó de la casa. Llamó allí a su criado y le ordenó lo siguiente registrado en el versículo 17: “«¡Echa a esta mujer fuera de mi casa! Y en cuanto la eches, ¡cierra la puerta!»”

Tamar se encontraba en una situación terrible, ya que su vida estaría absolutamente marcada para siempre. Además, Tamar perdió su virginidad. Lo cual no era menor el asunto en la época, porque así su situación de posible matrimonio se tornó muy difícil. Inclusive, y tratando de salvarse de alguna forma, llegó a decirle a su hermano en medio del auge de la locura de él, de su actitud instintiva, lo siguiente en el versículo 13: “Si me deshonras, ¿adónde podría yo ir a esconderme? Además, tú serías señalado en Israel como un hombre perverso. Yo te ruego que hables con el rey. Él no se opondrá a que yo sea tu esposa.»”

Ella estaba vestida con un vestido de colores, que era el tipo de ropa que usaban las hijas de los reyes cuando eran vírgenes. Cuando salió expulsada por Amnón, puso cenizas sobre su cabeza, rompió el vestido para mostrar su tristeza y se fue llorando. O sea que no ocultó la violación y se enteró todo el mundo. Entre lo horroroso del asunto, fue importante que Tamar no haya ocultado el crimen. Muchas mujeres por vergüenza y dolor nunca pueden hablar de ello, pero este caso quedó expuesto llegando a oídos de Absalón, que era hermano directo de Tamar, tanto de madre como de padre. Y con Absalón no era muy fácil lidiar.

Cuando David se enteró se llenó de ira con lo que pasó. David tenía la autoridad y deber de castigar a Amnón por esto, pero no accionó. No hubo justicia para Tamar. No de parte de David, que pagó muy caro el abdicar de su tarea de juez como rey y padre, porque más tarde Absalón se lo recriminaría ante todo el pueblo y lo usaría como elemento para justificar su posterior rebelión.

El texto dice en el versículo 22 que, “Absalón, por su parte, aunque aborrecía a su hermano Amnón por haber violado a Tamar su hermana, no le dijo absolutamente nada.” El tiempo pasó, las cosas estaban aparentemente más o menos tranquilas. Y dos años después, el texto dice que, Absalón decidió acercarse al rey para decirle lo que se escribe desde el versículo 24. Allí Absalón dijo: “Tengo hombres trasquilando mis ovejas. Ruego a Su Majestad me honre con su compañía. También pueden acompañarlo sus siervos. Pero el rey se puso reticente y le dio la respuesta del versículo 25: “No, hijo mío. Si vamos todos, ¡te haremos gastar demasiado!”

Sin embargo, vemos que Absalón insistió: y le dijo en el versículo 26: “Si no puedes venir, te ruego que dejes ir a mi hermano Amnón”. Y tanto insistió que el rey dejó ir a Amnón y a todos sus hijos. Absalón ya tenía un plan listo. Fíjate cómo el pecado es

concebido, como hierve la pasión y cuando se libera el instinto se convierte en una combinación mortal. Generalmente caminan juntos. El rey no estaba tan equivocado al querer evitar que sus hijos -incluyendo a Amnón- fueran a esta fiesta.

El odio de Absalón estaba allí, de tal manera que él ya había planificado con sus siervos lo que nos dice el versículo, 28. Dijo Absalón a sus sirvientes: “Manténganse atentos para cuando vean que el vino ya ha puesto muy alegre a Amnón, y a una orden mía ustedes lo matarán.” Y eso fue exactamente lo que pasó. El versículo 29 dice: “Y así, los siervos de Absalón, siguiendo sus órdenes, mataron a Amnón”.

En ese momento se cumplió el presentimiento del rey David. Aquí vemos una reacción en cadena. Repasemos: la pasión trajo el pecado del incesto, que llevó a aquel acto de violación, que generó odio, y el odio a su vez le dio paso al asesinato; una situación aterradora en el reinado de David. Y ante aquel espectáculo de muerte los demás hermanos se montaron en sus mulas y huyeron de allí.

Se generó tal desorden que cuando la noticia le llegó a David la información decía que todos los hijos del rey habían muerto, que Absalón los había matado a todos. El versículo 31, dice: “David se levantó de su trono, se rasgó los vestidos y se tendió en el suelo, lo mismo que todos sus siervos”. Pero allí vino la aclaración de quien tenía información más confiable. El texto dice: Pero Jonadab, -sobrino de David- quien empezó todo eso, dijo en el versículo 32: “Que no le mientan, Su Majestad. No han muerto todos sus hijos. Sólo ha muerto Amnón”.

Absalón huyó lejos, y los hijos del rey llegaron al palacio contaron lo que pasó, y lloraron ante la terrible circunstancia. En los versículos 37 y 38 dice el escritor: “Absalón huyó a tierras de Talmay hijo de Amiud, que era rey de Gesur. Y David lloraba todos los días por su hijo Amnón”. Allí quedó por tres años...

El paso del tiempo logró que el rey se calmara y hasta deseara encontrarse con Absalón. Este rey, tan apegado en su corazón a Dios, careció de fuerza y decisión para hacer justicia con sus perversos hijos. Además, esto nos enseña algo que es triste pero que es verdad: es el hecho de permitir el pecado en nuestra vida, que aparentemente es inofensivo, al final es como criar un león, un leopardo o un tigre en casa. Al principio es pequeño y adorable, pero cuando crezca te devorará completamente.

Esto no terminó solo como un trágico problema familiar porque la pasión de Amnón que resultó en la violación de Tamar y le costó su vida a través de la indignación y odio mortal de su hermano Absalón, costó que una familia fuera desgarrada y una nación hecha un polvorín. Las consecuencias del pecado son inimaginables. ¿Te has preguntado alguna vez cómo algo aparentemente pequeño puede destruir tanto? Es como una serie de Netflix que empieza con un pensamiento, luego una perversa decisión y termina en caos. Especialmente cuando el pecado se desborda. Por eso es muy importante prestar atención a la seriedad de lidiar correctamente con nuestras pasiones y deseos, someternos a Dios y obedecerlo, porque el desborde de un corazón desenfrenado lleva al desfiladero.